
22 de febrero de 2005 - 22 de febrero de 2024

«El cristianismo como acontecimiento hoy»

En el XIX aniversario de su muerte, el texto íntegro de la conferencia de **Luigi Giussani** organizada por la Asociación Charles Péguy y el Centro Cultural San Carlo (Milán, 28 de octubre de 1992)

a cargo de **Davide Proserpi**

Moderador. Don Giussani nos hablará esta noche del tema «El cristianismo como acontecimiento hoy», que condensa la genialidad por la que la experiencia que él generó y vivió, en la Iglesia y para la Iglesia de hoy, ha llegado hasta todos nosotros. Luego habrá espacio para alguna pregunta.

Luigi Giussani. Objetivamente, me parece necesario abordar este tema («El cristianismo como acontecimiento hoy») porque hoy la palabra cristianismo es más fácilmente identificada con una serie de valores morales o con una predicación de valores morales, con una preocupación por los valores morales. Con esto no estoy diciendo que el cristianismo no se interesa por los valores morales, digo simplemente que el cristianismo no coincide en absoluto con la predicación de unos valores morales. Si hemos asistido a la misa el domingo pasado, la preciosa parábola del fariseo y el publicano (cf. *Lc* 18,9-14) nos habrá vuelto a sorprender una vez más. Siempre nos sorprende al final, cuando dice que el publicano salió del templo perdonado, «justificado», reconciliado, en paz, mientras que el fariseo, que había presumido de todas las cosas buenas que había hecho –y no mentía, Cristo no dijo: «El fariseo mintió», en absoluto–, salió condenado. No es inmediatamente necesario dilucidar el porqué último de esta oposición, aunque puede que lo hagamos al final, como consecuencia de otros pensamientos. Lo que quiero decir es que lo importante, para alguien que deba hablar de cristianismo, pensar en el cristianismo o vivir el cristianismo, es realmente esto: que no puede conducir lo que le interesa o lo que

quiere vivir a una serie de valores morales que él pueda obrar con su propia fuerza de voluntad. El cristianismo es un hecho, un acontecimiento, un hecho objetivo. Aunque el mundo entero dejara de creer, no se podría borrar de la historia. No hay dialéctica que valga: «*Contra factum non valet illatio*», frente a un hecho es inútil discutir, no se le puede oponer un razonamiento, la fuerza de un razonamiento.

El cristianismo es un acontecimiento, no es ante todo una predicación moral. Siendo un acontecimiento que implica a Dios, una iniciativa del Misterio en la vida del hombre, en la historia del hombre, creo que la premisa más importante para captarlo sea el tipo de atención o la ternura con que el hombre procura mirarse a sí mismo. Si un hombre no presta atención o no tiene ninguna ternura hacia sí mismo –una ternura como la que una madre tiene hacia su hijo pequeño–, está en una postura –digo– necesariamente hostil al acontecimiento cristiano. Una frase de Rainer Maria Rilke suele servirme como punto de partida para meditar sobre mí mismo: «Y todo conspira para callar de nosotros, un poco como se calla, tal vez, una vergüenza, un poco como se calla una esperanza inefable» («Elegía II», vv. 42-44, en *Elegías de Duino*, Barcelona, Lumen 1984). Nunca he encontrado una síntesis mejor de lo que el hombre siente existencialmente cuando atiende a sí mismo, cuando presta un mínimo de atención a sí mismo. Cuando se mira a sí mismo, el hombre siente vergüenza, hastío, vergüenza hasta el hastío, y sin embargo no puede negar un impulso, un ímpetu irreductible que constituye su corazón, un impul-

so irreductible hacia una plenitud, digamos hacia una perfección o satisfacción, que en su valor etimológico son idénticas: «perfección» tiene un significado más ontológico y «satisfacción» es más eudemonológico, más propio del sentimiento. Creo que Dios se movió hacia nosotros justamente para responder a esa percepción que, en mi opinión, vuelvo a repetir, es la única percepción realista que el hombre puede tener de sí mismo cuando se considera con atención y con ternura maternal. Si Dios se movió, lo hizo para responder al hombre, al hombre que siente vergüenza, vergüenza y hastío de sí mismo, que se topa con sus límites, con los que además es connivente, y por otro lado no logra taponarle la boca al grito que lleva en su corazón, a la espera que anida en su alma.

De todas formas, Dios se ha movido para responder a la situación del hombre. Por eso dio ese paso, convirtiéndose en el salvador del hombre: él es quien salva al hombre, el redentor del hombre. Pero no quiero insistir solo en estos detalles, aunque considere necesaria esta premisa: Dios se ha movido por mí. Lo dice textualmente san Pablo: «...él que me amó y se entregó por mí» (cf. *Gál* 2,20). Y cada uno de los que estamos aquí –perdonadme que os diga– debe repetir, puede y debe repetir esta frase de san Pablo: «Por mí», es decir, para liberarme. Para liberarme, sí, para liberarme del hastío de mí mismo y del peso de este límite con el que me tropiezo, que advierto en todo lo que lo hago. Desde este punto de vista, el cristianismo tiene un punto de partida pesimista acerca del hombre. No en

vano habla del pecado original como el primer misterio, sin el cual no se explicaría nada. Es un misterio, pero sin ese misterio no se explica nada de la contradicción que afecta inexorablemente a la vida humana. Si es pesimista, inicialmente pesimista acerca del hombre, acaba sin embargo en un optimismo, un hondo optimismo, serio y comprometido. Un optimismo por el que uno puede decir: «Si Dios está conmigo, ¿quién estará contra mí?» (cf. *Rom* 8,31), como afirma san Pablo. La iniciativa de Dios consistió en que el Misterio se configuró como un hombre real, asumió la realidad de un hombre de verdad, es decir, un hombre concebido en el útero de una mujer, que de un grumo casi invisible fue desarrollándose como un bebé, luego un crío, un chaval, un adolescente, un joven; hasta llegar a ser adulto, hasta convertirse en el centro de atención de la vida social del pueblo judío, que atrajo a las multitudes, las mismas que luego se volvieron en su contra, instigadas por los que detentaban el poder, hasta crucificarlo y matarlo; hasta que resucitó venciendo a la muerte. La iniciativa de Dios, por tanto, es un hecho, un hecho íntegramente humano. A los jóvenes, para explicar lo que significa todo esto, les digo: «Pensad en un matrimonio que durante dos años no tiene hijos, imaginemos qué forma toma su vida, con qué facilidad se ordena. Al cabo de dos años, tienen un niño. El hijo perturba toda su vida y ya no pueden vivir como antes». Así pues, el hecho cristiano es como un niño que nace en una familia –de hecho, también nació como un niño–. El acontecimiento cristiano es Dios que entra en la vida del hombre y en la historia

del hombre del mismo modo que entra en la historia del hombre y en la vida de su familia y en la historia de la humanidad un niño que nace de una mujer. San Juan, en su primera carta, dice a los primeros cristianos: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida», es decir, de la verdad, «os lo anunciamos» (cf. *1Jn* 1,13), pues la verdad se ha hecho visible, audible, tangible, igual que se escucha a alguien que habla, igual que se ve a alguien que se presenta, igual que se tocan las manos de un amigo.

Llegados a este punto podría detenerme porque lo único que hay que hacer una vez aquí es mirar este acontecimiento a la cara, mirar lo que ha sucedido. Entonces uno siente realmente toda su responsabilidad llamada a reconocerlo o negarlo, porque se puede reconocer o se puede negar. Mucha gente que lo vio lo reconoció enseguida, pero luego no lo reconoció, y gritó: «¡Crucificalo!» (*Mc* 15,13-14). Lo podemos comprender, pues sabemos por experiencia qué es el hombre, cómo puede comportarse. Lo demás son perspectivas sugerentes que, en una educación en la fe, deben ser comunicadas a los jóvenes, y que cada cual puede retomar personalmente. Digo que podría detenerme aquí porque me gustaría saber qué más se puede decir que esto: ¡que Dios se hizo hombre! Por eso el cristianismo consiste en tocar, ver, escuchar, adherirse, seguir a este hombre. Igual que le pasó a san Pedro.

Aquella vez, en la sinagoga de Cafarnaún, Jesús había hablado detenidamente y se había conmovido porque

«Cuando se mira
a sí mismo,
el hombre siente
vergüenza,
hastío, vergüenza
hasta el hastío,
y sin embargo no
puede negar un
impulso, un ímpetu
irreductible
que constituye
su corazón,
un impulso
irreductible hacia
una plenitud...»

toda esa gente, que el día anterior había estado con él en la otra orilla del lago de Genesaret, había dado la vuelta al lago para volver a verle. Él se había escabullido porque en un momento dado querían hacerle rey: ¡había multiplicado el pan! Pues bien, entraron en la sinagoga de Cafarnaún y él se conmovió al ver el empeño con que la gente le buscaba, habían ido a buscarle, y dijo: «Vosotros me buscáis porque os he dado a comer pan, pero yo os daré a comer mi carne» (cf. Jn 6,26-58). Precisamente porque Jesús era un hombre, las imágenes se le ocurrían por su experiencia de hombre, y la imagen más inconcebible que se le ocurrió, la de quedarse con nosotros bajo el signo del pan y el vino, esto que era lo más inconcebible que se pudiera imaginar, se le ocurrió entonces por la emoción que le suscitaba la fidelidad al menos exterior de aquella gente: aquella gente lo buscaba. Pero su respuesta no se correspondía con lo que la gente esperaba de él. Entonces, bajo el influjo de los intelectuales, toda la gente se fue marchando poco a poco, hasta que solo quedaron, en el silencio de la penumbra nocturna, los aficionados. Jesús fue el primero en romper el silencio: «¿También vosotros queréis marcharos?». Y Pedro, con su espontaneidad de siempre: «Maes-

tro, nosotros tampoco comprendemos lo que dices, pero si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos? Solo tú tienes palabras que dan sentido a la vida» (cf. Jn 6,59-69).

Digo que este grupito de gente que lo siguió es el que constituye el inicio de la historia cristiana. Porque lo siguieron, reconocieron que había algo excepcional en él y no podían explicarse cómo ni por qué. De hecho, cuando Cristo les pregunta en otra ocasión: «¿Quién dice la gente que soy yo?». “Algunos dicen que eres hijo de Belcebú, otros dicen que eres un gran profeta”. “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. “Tú eres el Mesías, el hijo del Dios vivo”, le responde Pedro. A lo que Cristo añade: «Bienaventurado tú, Simón, porque me has dado una respuesta que no puedes entender y lo has hecho porque el Padre te la ha revelado» (cf. Mt 16,13-17). Pedro no había hecho más que repetir las palabras que Jesús había dicho de sí mismo otras veces. Lo seguían bebiendo, secundando lo que comprendían, haciendo lo que él decía, en la medida de sus posibilidades. Tal como eran, lo reconocían y lo seguían. Lo seguían. Pues bien, el cristianismo es la historia de los hombres que de algún modo, al entrar en contacto con este acontecimiento, con el acontecimiento de Cristo, con este hecho

«Los padres quieren la felicidad de sus hijos, pero es como si hubiesen olvidado enseñarles el método para intentar llegar a ella. Y también nosotros podemos comunicar la evidencia que tiene para nosotros el hecho cristiano sin respetar el método que implica esta verdad»



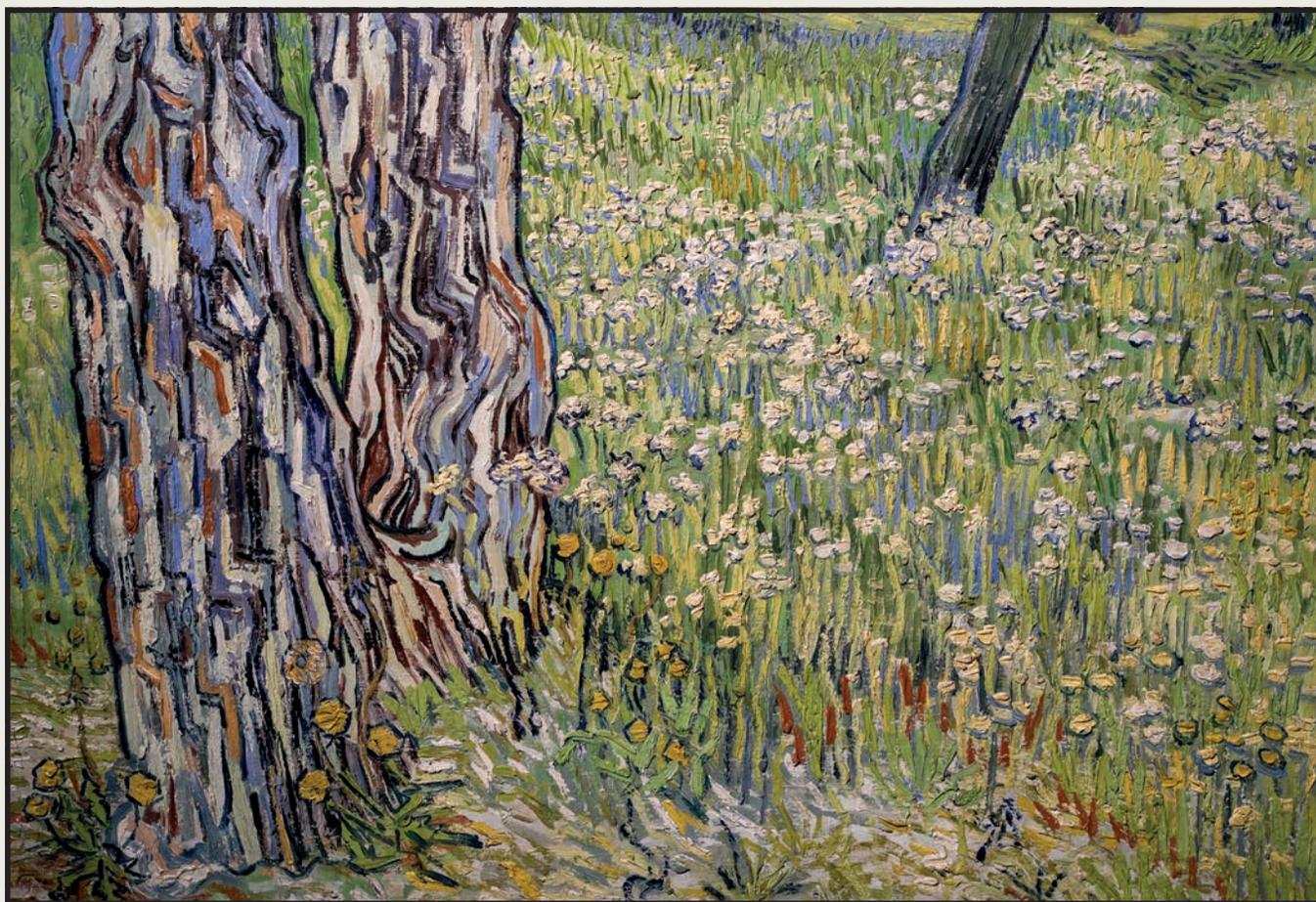
Vincent Van Gogh, *Troncos de árboles en la hierba*, 1890, Kröller-Müller Museum, Otterlo, Países Bajos.

histórico, lo siguieron, cada uno como podía, cada cual como puede. La verdad es que habría que añadir algo antes de concluir con dos corolarios que me urge señalar.

La iniciativa de Dios es que el Misterio se hace niño en el seno de una mujer, un grumo de carne en el seno de una mujer, parte del cuerpo de una mujer, nace como cualquier otro niño. Yo vuelvo a menudo al comienzo del evangelio, pienso siempre en la anunciación del ángel a María, y me impresiona siempre porque después del relato, al final, María dice: «Fiat, sí, hágase en mí según tu palabra». Y después de ese punto hay una frase que dice: «Y el ángel se retiró» (Lc 1,38). Realmente me deja pasmado y casi todos los días pienso en la situación en que se encontraba aquella chica de quince o dieciséis años: totalmente sola, con ese hecho misterioso que llevaba dentro –que no podía ni siquiera constatar porque acababa de empezar–, que aún tenía que contárselo a sus padres, y decírselo a su prometido. «Dichosa tú que has creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá» (cf. Lc 1,45), le dirá su prima Isabel, a la que María fue a visitar enseguida, solícita, al enterarse por el ángel de que estaba embarazada de seis meses (cf. Lc 1,36-45).

Así pues, el misterio de Dios se movió hacia el hombre haciéndose niño: este es el hecho. El cristianismo es este acontecimiento, “es” este acontecimiento.

Pero... ¿y ahora? No digo ahora, sino diez años después de la muerte de



©GoldenArtists, CC BY-SA 4.0 via Wikimedia Commons

V

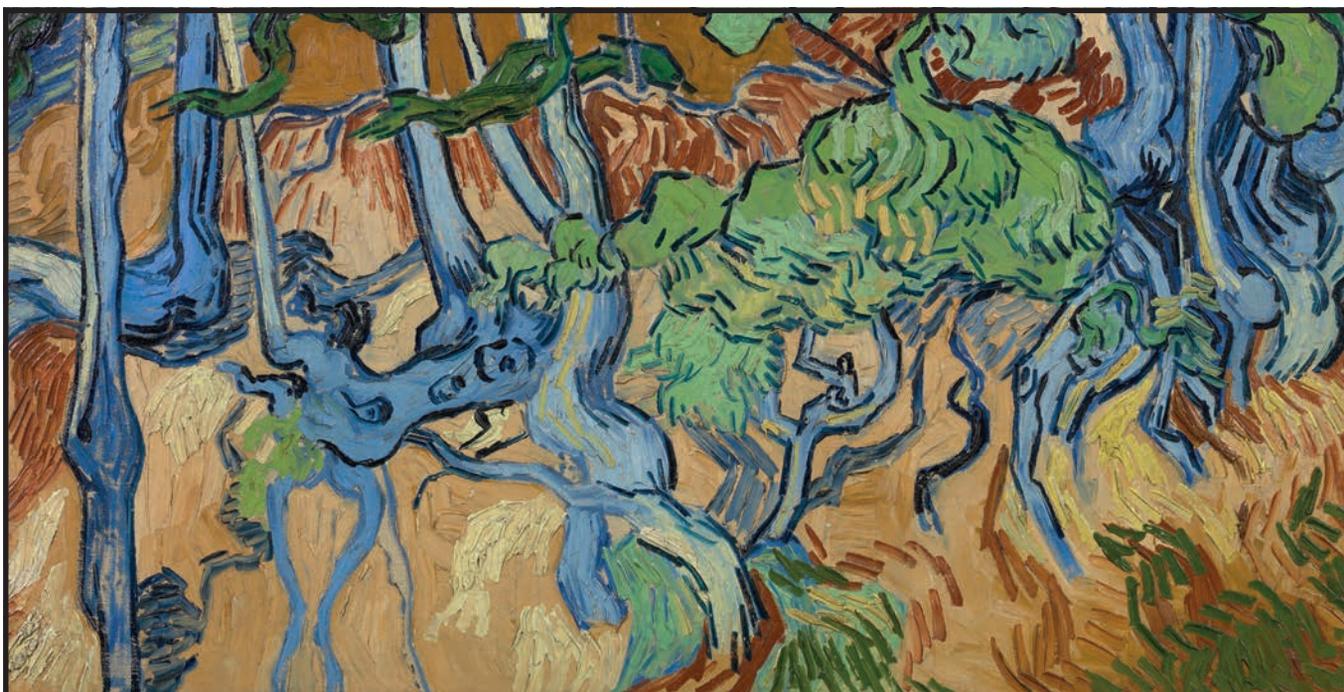
Cristo, un año después de su muerte, cien años después, quinientos años después, mil años después, dos mil años después, ahora, porque la pregunta que me hago es: ¿dónde está Cristo ahora? También se lo preguntaron los primeros cristianos, que vivieron aún en tiempos de los apóstoles, cuando Jesús se marchó. Una persona con la que entrarán en contacto al día siguiente de su ascensión al cielo se hacía la misma pregunta que me hago yo ahora. Sin embargo, él dijo: «Yo estaré con vosotros “todos” los días» –fijémosnos en estos incisos del evangelio, que son siempre trascendentales–, «estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (cf. *Mt* 28,20). Yo soy cristiano porque él, Dios, está presente entre nosotros y estará presente todos los días hasta

el fin del mundo. Yo soy cristiano por eso, podría haber cometido mil errores ayer y diez mil delitos, si lo afirmo, soy cristiano; necesitaré más que los demás la misericordia de Cristo, pero soy cristiano; y uno que no ha cometido ningún delito, que ha pagado el diezmo, que ha celebrado todas las fiestas de la liturgia hebrea, como el fariseo, ¿puede no serlo!

En todo caso, Cristo sigue presente en el mundo y en la historia, y lo estará hasta el final de los tiempos a través de la unidad de aquellos a los que él aferra e incorpora a Su persona; de hecho, creó un gesto con el que aferra al hombre y lo incorpora a Su personalidad, se llama Bautismo, es el sacramento del Bautismo. Su presencia es visible, tangible, audible, en la unidad de los que creen

en él, que históricamente tiene un nombre, «Iglesia», que no significa otra cosa que asamblea, reunión. La objetividad de Su presencia está salvada y garantizada justamente por esa unidad de los creyentes, al modo de una tienda, la tienda del encuentro que albergaba el misterio de Dios, la tienda erigida en medio del campamento hebreo: la unidad de la gente que cree en él, que lo reconoce, a la que él ha aferrado e incorporado a su personalidad es como una tienda; esta unidad es como una tienda en la que él habita realmente. Y la Eucaristía no es otra cosa que la expresión sumamente concreta de su presencia carnal.

San Pablo, que es el que mejor describió esa identidad entre la presencia viva de Cristo, del Dios hecho



hombre, y la unidad de los que creen en Él, lo comprendió cuando, al caer del caballo, oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué “me” persigues?» (cf. *Hch* 9,3-4). Nunca había visto a Jesús de Nazaret, nunca lo había conocido y perseguía a los cristianos: era un perseguidor de los cristianos. «Saulo, Saulo, ¿por qué “me” persigues?». Aquí debe residir la intuición que le aclaró a san Pablo la identidad de la que hablamos. Pero esa identidad ya era visible propiamente en tiempos de Cristo. Como no podía llegar a todas partes, a los pueblos que lo requerían enviaba a los suyos de dos en dos; y ellos volvían entusiasmados, diciendo: «Maestro, lo que tú haces también lo hemos hecho nosotros; los milagros que tú haces también los hemos hecho nosotros. La gente también nos escucha a nosotros» (cf. *Mc* 6,7-13). El mismo fenómeno que sucedía allí donde él estaba, sucedía en los pueblos adonde iban sus discípulos. En esos pueblos adonde iban de dos en dos, ¿cómo estaba presente Cristo? A través de esos dos que había enviado.

El método que Cristo utilizó para dar continuidad a su presencia entre nosotros, el método que sigue usando, ya estaba en acto cuando él vivía. A través de la presencia de aquellos que creen en él, Cristo está presente, en el sentido literal del término. Por ello, el cristianismo como acontecimiento es Dios hecho hombre y presente en la historia dentro –por expresarlo claramente– de la unidad de los que creen en él. Esa unidad no tiene solo un valor afectivo, no se resuelve con el término «compañía», no coincide con un grupo de personas que opinan igual. «Cuantos habéis sido bautizados», dice san Pablo, «os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío y griego, esclavo y libre», las grandes divisiones sociales y culturales de entonces, «hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (cf. *Gál* 3,27-28), y usa el término *eis*, que en griego significa «uno» en sentido personal, de persona, pero en masculino; «sois uno, *eis*: sois “yo”», como le dijo a san Pablo: «¿Por qué “me” persigues?». Para mí este es el aspecto más difícil,

indudablemente, perdonadme si me atrevo a decir que para todos nosotros, porque la forma en la que hemos sido educados –se lo dije también el otro día a un periodista en Lourdes (cf. «Don Giussani: el poder egoísta odia al pueblo», entrevista a cargo de Gianluigi da Rold, *Corriere della Sera*, 18 de octubre de 1992, p. 3; en *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 198-203)– se olvida un poco de esto, o le resta importancia. Pero yo pude conocer a Cristo a través de algo presente. Porque esa es la genialidad de Dios, que para darse a conocer al hombre y para salvar al hombre se ha convertido en una presencia.

La unidad de los creyentes es el rostro contingente, incluso banal, de esa presencia divina. E igual que entonces quien lo siguió se hizo cristiano y cambió, ahora es cristiano y cambia, cambia humanamente, quien sigue esta unidad, a la que Cristo ha dado un signo de objetividad absoluta, que es el obispo de Roma, la cabeza de la comunidad de Roma, porque



Vincent Van Gogh, *Raíces de árbol*, 1890,
Van Gogh Museum, Amsterdam.

todo, todo converge en él –hasta un concilio ecuménico, si no tiene la firma del obispo de Roma, no vale, no valdría–. Es justo lo contrario de lo que nos imaginamos o nos gusta imaginar: no es una opinión nuestra lo que nos lleva a Dios, no es nuestra forma de pensar, no es una batalla dialéctica con otros, no es el resultado de un estudio teológico: es seguir a una presencia. El primer corolario al que me quería referir es este: seguir a una presencia.

Pero “seguir a una presencia” explica también el camino moral, no solo la pertenencia, desde el punto de vista de la adhesión, sino también el camino moral que hace un hombre. Hay una comparación bellísima en la naturaleza: ¿cómo hace un niño para adquirir su propia personalidad? Cuanto más rica humanamente es su familia, más intensa, atenta y respetuosa, en definitiva, cuanto más humana es la familia en su forma de tratar al niño y cuanto más fiel es a su tarea, más desarrolla el niño su propia personalidad, llega a ser más él mismo, adquiere una personalidad siguiendo a sus padres, siguiendo el hecho, el acontecimiento de su familia. Siguiendo el acontecimiento de su familia, absorbiendo sus provocaciones, casi por ósmosis, casi por una presión osmótica, llega a los quince años siendo distinto de los demás porque ha tenido una familia así, y es él mismo porque sabe dar razón de lo que elige, sabe dar razón de lo que hace. Es análogo al problema moral del cristiano.

Puesto que ser cristianos es adherirse a una presencia, del mismo

«¿Y ahora? No digo ahora, sino diez años después de la muerte de Cristo, un año después de su muerte, cien años después, quinientos años después, mil años después, dos mil años después, ahora, porque la pregunta que me hago es: ¿dónde está Cristo ahora?»

modo, es siguiendo a esa presencia, es decir, siendo partícipe de las provocaciones de esa presencia, como uno cambia, como uno cambia, como uno entiende y cambia. Con una cláusula bellísima que el Señor ha subrayado con su fórmula de perfección, al decir: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (cf. Mt 5,48). ¿Y quién puede ser perfecto como Dios? Cristo señalaba así que la verdadera moralidad es totalmente una tensión vivida, es un camino en definitiva: la vida como camino, *homo viator*. La gente del Medievo lo comprendió muy bien: la vida es un camino, por eso el valor de una persona consiste en ser fiel a esa tensión, una tensión por aprender y seguir. Si cae mil veces en la jornada, mil veces reanuda el camino. El segundo corolario que quiero señalar es pues este concepto de una moral como tensión. San Ambrosio decía en una carta que no es santo el que no se equivoca, sino quien trata continuamente de no caer (cf. San Ambrosio, *Explanatio Psalmi* 1,22, *Explanatio Psalmi* 36,51). Leyendo este texto de san Ambrosio con mis alumnos en clase, les decía: «Imaginad un hombre que se equivocara todos los días porque tiene un gran defecto, muy grave –y todos los días se equivoca, todos los días–, y todas las mañanas se levantara

diciendo: “Dios mío, te pido humildemente, ayúdame a superarme, ayúdame a corregirme”, y todos los días se equivocara, y durante cincuenta años estuviera levantándose todas las mañanas con esta petición sincera, con este grito sincero, y todos los días se equivocara...: es un santo –¡un santo!–, un santo cuyas jornadas estarían llenas de errores». El concepto de moral que nace del cristianismo como acontecimiento es justo este: la moralidad es una tensión que acontece como un seguimiento, y uno sigue como puede, como es capaz, según la gracia que se le concede.

Partiendo de una imagen como esta, el Misterio adopta una figura, adopta un rostro: «No es Dios de muertos, sino de vivos» (cf. Lc 20,38), dice Cristo, es decir, no es el Dios de nuestros pensamientos, sino el Dios verdadero, real, que está antes que todo lo demás, inconmensurable ante cualquier pensamiento nuestro. «Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos» (cf. Is 55,8). Pero este Misterio, en una imagen como esta, no permanece como un misterio absoluto, no permanece del todo ignoto. Ese niño que se hace mayor, que muere y resucita, y que al resucitar cambia irresistiblemente la historia, atrayendo hacia sí a

la gente, cuya unidad constituye su Cuerpo, Cuerpo misterioso, Cuerpo místico –se dice– o pueblo de Dios, que es como –me permito seguir con la comparación de antes– la tienda de los hebreos en el desierto, que albergaba el arca de la Alianza, ese Misterio realmente presente, en el marco de la imagen que hemos evocado, nos explica realmente el Misterio. Nos lo explica en el sentido de que muestra la correspondencia precisa, perfecta, potente, sugerente y llena de ternura del Misterio con nuestra vida –como decía Rilke, por un lado debilitada y por otro llena de una esperanza inefable–: se llama «misericordia». La definición suprema de lo divino, del ser que Cristo ha introducido en el mundo y que a través de la unidad de los creyentes permanece como propuesta para los pobres hombres de todo tiempo y condición, es la palabra «misericordia». Dios es misericordia, una palabra que de otro modo sería inconcebible para nosotros.

Moderador. ¡Gracias! Como decía antes, ahora damos espacio a algunas preguntas que puedan ayudarnos a comprender el alcance de lo que nos ha dicho don Giussani.

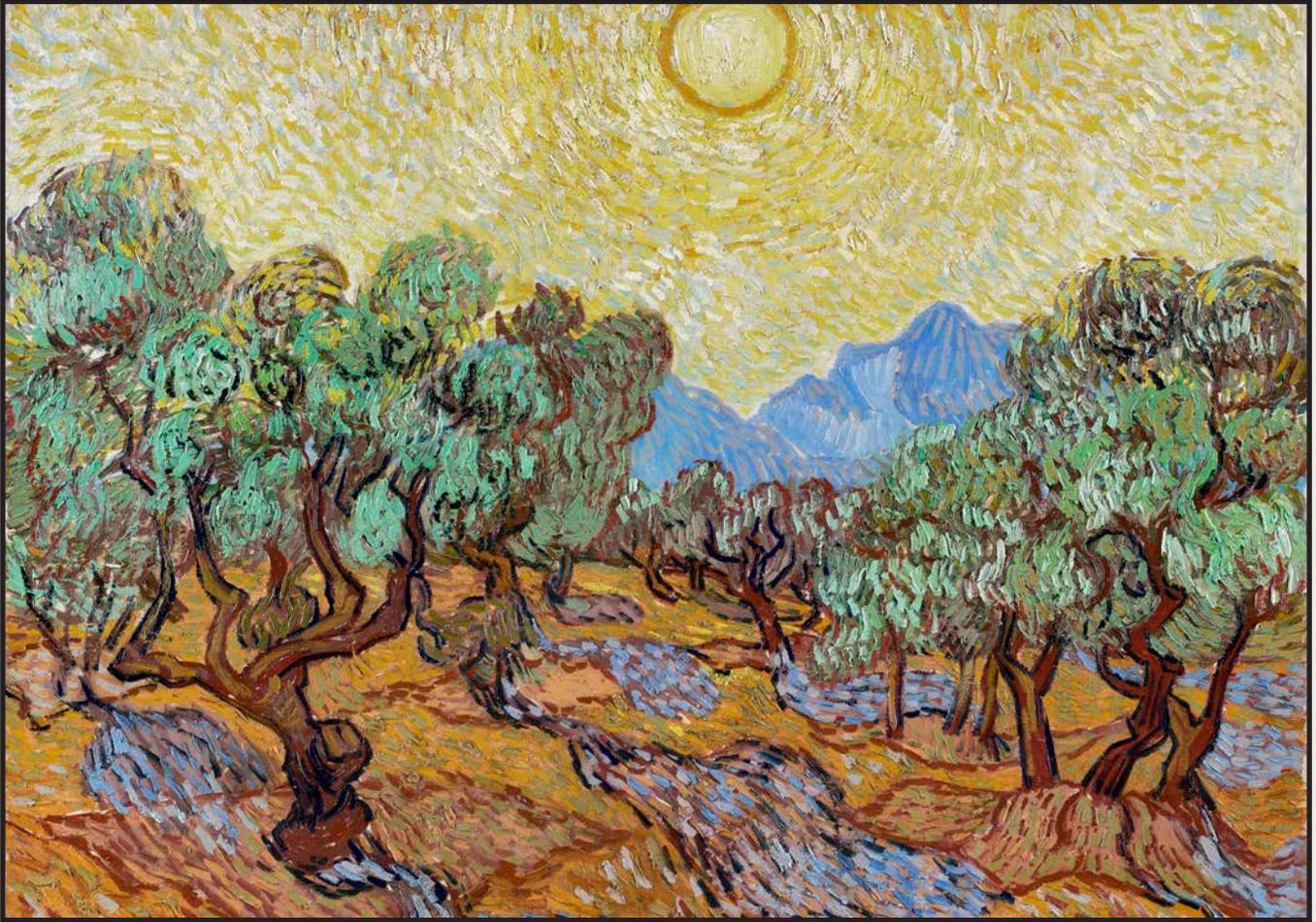
Giussani. En cualquier caso, existe una confirmación continua del alcance de lo que he dicho, al menos para mí, porque hablando de este modo, decenas y decenas de miles de personas han seguido y siguen. ¡Hablando de este modo! Recuerdo que un gran sacerdote de nuestra diócesis, al que aprecio mucho, el padre Barbareschi (monseñor Giovanni Barbareschi, 1922-2018, de la diócesis de Milán), vino un día a una reunión que tenía con los universitarios en la sala roja del PIME (Pontificio Instituto de las Misio-

«No es una opinión nuestra lo que nos lleva a Dios, no es nuestra forma de pensar, no es una batalla dialéctica con otros, no es el resultado de un estudio teológico: es seguir a una presencia»

nes Extranjeras). Entró y se sentó al fondo. Yo me preguntaba: «¿Qué hará aquí?», porque parecía tener un poco de vergüenza. Al terminar, salieron todos pero él se quedó, y me dice: «Oye, ¿tú hablas siempre así?». Y yo le dije: «¡Pues sí!». Y él: «¿Y qué ven en lo que dices?». Tuve que hacer un acto de humildad.

Sin embargo, no creo que sea una intransigencia ciega. El cristianismo no se puede concebir más que en estos términos. Yo no agoté los términos, simplemente señalé algunos términos que considero fundamentales. Porque el niño Jesús es fundamental, como es fundamental la unidad de la Iglesia, que es la unidad de los creyentes, pero si no reconocemos la norma objetiva del magisterio papal ya no se trata de una unidad, sino que se deja todo a la hermenéutica, a la interpretación de la gente, y cada uno puede pensar lo que quiera –¿quién se lo impide?–. Y si esta Iglesia no fuese tan cercana para ti y para mí hasta el punto de concretarse en una compañía en la que nos encontramos y nos ayudamos con otras cincuenta, sesenta, setenta u ochenta personas, ¿qué sería? Sería algo abstracto o político, un fenómeno curioso o un fenómeno político. Por este motivo, Juan Pablo II les decía hace poco a los obispos españoles de Tarragona –lo ha repetido últimamente, no recuerdo con motivo de qué– que la Iglesia debe coincidir con una co-

munidad viva alrededor de la persona (*Discurso a los obispos españoles de Barcelona y de las provincias eclesiásticas de Tarragona y Oviedo, en visita «ad limina apostolorum»*, 11 de noviembre de 1991, 5: «El despertar del pueblo cristiano a una mayor conciencia de Iglesia, construyendo comunidades vivas en las que el seguimiento de Cristo se hace concreto y abarca todas las dimensiones de la vida, es la respuesta adecuada a la cultura secularista que amenaza seriamente a los principios cristianos y a los valores morales de la sociedad»). Este es el método del que le hablaba al periodista que he citado antes: como Dios ha hecho al hombre y a la mujer y ha convertido la historia del hombre en salvación al hacerse compañero del hombre, el Dios de la familia es el Dios de la Iglesia, es decir, del pueblo que ha clamado a Dios y que ha sido salvado, como decía Ester en la Biblia (cf. *Est* 10,3f). Nosotros lo leemos una vez a la semana en la Liturgia de las Horas: «A ti gritaban, y quedaban libres» (*Sal* 22,6). Entonces, se trata del mismo método: Dios, para hacer que nazca y que crezca el hombre, para hacerse él mismo un hombre, para definir a un hombre, para hacer perfecto a un hombre, utiliza el mismo método, esto es, la familia, como primera compañía. Pero si esta no sabe dilatarse se convierte en prisión o se vuelve una tumba, y entonces uno huye, huye de ella.



Por este motivo nacemos en la «familia» que es la unidad de los creyentes, la Iglesia, la Iglesia cuerpo de Cristo, nacemos en el cuerpo de Cristo y crecemos, porque en la Iglesia nadie es como tú y nadie es como yo, no hay dos personas iguales. Y esta diversidad, que en la cultura liberal y racionalista es una objeción poderosa a la convivencia –la diversidad es una objeción poderosa para la cultura moderna, por ejemplo para la practicabilidad del Estado–, aquí se convierte en la riqueza de una identidad que está más allá y que nos genera a todos. Porque Cristo es ayer, hoy y siempre; y es para él, que tiene su temperamento, que querría tener yo, y es para mí, que tengo mi temperamento, que querrías tener tú.

Intervención. Quería preguntarte: ¿cómo se puede vivir, seguir a esa Presencia a lo largo del día, tan lleno muchas veces de un montón de problemas?

Giussani. Seguir a la Presencia es idéntico a otra expresión: hacer memoria de esa Presencia. Cuando iba a la escuela elemental –después entré en el seminario–, mi padre, especialmente mi padre, era continuamente ante mis ojos como un alguien siempre presente. Solo he robado una vez en mi vida. Un día que iba a la escuela, un compañero se puso a mi lado cuando pasábamos por un puesto de castañas asadas, al lado de otro de fruta y me dijo: «¡Venga, toma algunas!». Yo extendí la mano y tomé algunas. Nadie me

vio. Por la noche, mi padre llegó a casa del trabajo y me dijo: «¿Qué has hecho esta mañana?». Yo sentía que mi padre era omnipresente –como Dios–. Por ello, el modo de seguir a esta Presencia es recordarla. Por eso dice la Iglesia: si en el trabajo, en la semana laboral, que es ese lapso de tiempo que se convierte para todos los hombres en la medida de su expresividad, si durante esta medida no dedicas ni siquiera un momento a la memoria de Cristo, si no vas a misa los domingos... ¡menos de esto

Vincent Van Gogh, *Olivos*, 1889, MET Museum, Nueva York.



©Vincent Van Gogh, Public domain, via Wikimedia Commons

X



Vincent Van Gogh,
El viñedo rojo, 1888,
 Museo Puškin, Moscú.

es la muerte, es pecado mortal! Es decir, no es ambiguo decir que para seguir a esta Presencia hay que recordarla, hacer memoria de ella.

Hay un texto precioso que habréis leído, *Relatos de un peregrino ruso*, un texto ortodoxo ruso, en el que se dice que hay que acostumbrarse a invocar al Señor, a hacer memoria del Señor una vez, diez veces, cien veces, diez mil veces al día, hasta que coincida con la respiración (cf. *Relatos de un peregrino ruso*, Sígueme, Salamanca 2003, pp. 19-20). Esto es lo que dice el texto de forma preciosa. Si pienso que el Señor es más

concreto que mi madre, es más mío que mi madre o mi padre, si uno piensa esto, entonces el deseo de multiplicar la memoria no solo es lícito, sino que es inevitable, y hacerlo no solo se vuelve posible, sino real. De modo que uno puede cometer un error conscientemente, y acordarse enseguida de esa Presencia. Y esta multiplicación del recuerdo abrevia cada vez más el tiempo de la desmemoria y el tiempo de la traición. Para el hombre adulto, la desmemoria es desmemoria de Aquel del que está naciendo. Porque yo, en este momento, no me estoy haciendo a mí mismo. Siempre les digo a los chicos: «Decidme si hay algo más evidente que el hecho de que, en este instante, tú no te haces a ti mismo, yo no me hago a mí mismo». Entonces, en este instante yo estoy naciendo de otra cosa, y esta otra cosa se llama Dios, que se ha hecho

hombre, por tanto nazco de Cristo. A medida que esta reflexividad hace madurar la personalidad, no se trata de un añadido, no es huir en una abstracción, a medida que multiplico esta memoria, más percibo que la consistencia de mi yo radica precisamente ahí donde nace. Y sin embargo siento en mí la misma debilidad, de modo que, mientras pienso en esto, puedo caer, puedo resbalar. Insisto en estas cosas porque es precioso que el cristianismo sea misericordia, que el Ser sea misericordia; es inconcebible humanamente pensar en el propio destino si el Ser no es misericordia. De hecho, aquellos para los cuales no es misericordia no piensan en ello, no pueden hacerlo. Y como el destino acecha cada vez más y llega, son más inteligentes los primeros que los segundos, hay más inteligencia en la primera opción que en la segunda. Además,

perdonadme, la verdadera respuesta a la pregunta de antes –que para seguir hay que recordar– libera de cualquier moralismo; no se trata de leyes que aplicar, sino de recordar. Cuando estaba en la escuela, con mi maestro Fossataro, centurión de la milicia, siempre tenía en la mente a mi padre; no las leyes que mi padre me explicaba, ¡sino él! Y aplicaba las leyes acordándome de él. Es más sintético, más afectivo, más humano, más sencillo.

Intervención. Si la memoria permite que este hecho, este acontecimiento, permanezca vivo, entonces, ¿por qué pasa, por ejemplo, que incluso entre nosotros los cristianos, que quizá hacemos memoria, el acontecimiento queda reducido con frecuencia a reglas humanas? Lo digo porque lo veo como tendencia en mí y también porque me pasa a menudo, por ejemplo en misa, que lo veo reflejado en las homilias que comentan la liturgia.

Giussani. Estoy de acuerdo con usted, no sé qué decirle. Es el método lo que es incorrecto, el método de transmisión. Los padres, le dije a aquel periodista en Lourdes, quieren la felicidad de sus hijos, pero es como si hubiesen olvidado enseñarles el método para intentar llegar a ella. Es como si no supiesen qué camino enseñar para alcanzarla. Y también nosotros podemos transmitir así nuestra fe, comunicar la evidencia que tiene para nosotros el hecho cristiano, comunicar nuestro mensaje: «El misterio de Dios está entre nosotros», sin respetar el método que implica esta verdad. Y el método es el que ha creado Cristo, el método es la presencia, tal como él la ha definido, presencia de la unidad de los creyentes, presencia de una compañía. Compañía quiere decir

«Si pienso que el Señor es más concreto que mi madre, es más mío que mi madre o mi padre, si uno piensa esto, entonces el deseo de multiplicar la memoria no solo es lícito, sino que es inevitable, y hacerlo no solo se vuelve posible, sino real»

gente que está unida porque está él, porque lo reconoce a él. No es necesario en absoluto tener, cómo decir, la fogosidad que puedo mostrar en algunos momentos, cada uno tiene su carácter. Pero esta es la respuesta. El método nos lo enseña él: «Estad unidos, seguid; para seguirme, debéis seguir vuestra compañía; compañía, es decir, unidad de personas que están juntas porque yo estoy, porque me reconocen a mí. Y entonces se enseñan mutuamente, se perdonan mutuamente». Hay un defecto de método en la transmisión. En mi opinión, desde hace cien años hemos errado como cristianos, como pueblo cristiano, en este punto, como método, como método de comunicación. Se dice: «Los factores fundamentales de la Iglesia son el magisterio infalible...» –el magisterio, que es una realidad objetiva, infalible, porque la última palabra no está en mi interpretación, la última palabra está fuera de mí, y esto es un valor implícito del cristianismo: el valor último, la verdad es una realidad fuera de mí; salían de casa y se encontraban a la Verdad, que estaba hablando por la calle: Dios, compañero del hombre– «el magisterio de la Iglesia y los sacramentos». Pero, ¿qué es el sacramento? Una presencia. El sacramento es la forma más sencilla de la memoria. Entonces, decimos primero estas

dos cosas pero luego, metodológicamente, seguimos nuestra imagen de comunicación o de valoración, de juicio, nuestra imagen conclusiva, el término de nuestras discusiones, el punto de vista teológico de una controversia teológica, lo que dicen los periódicos, lo que dice la televisión, lo que dicen los curas. Es espectacular –repito lo que les digo a los chicos– que Cristo haya obligado solo a una cosa, a realizar una sola cosa, nos ha obligado a una única cosa como método para comunicarnos con él: los sacramentos, que son gestos en los que el hombre no necesita hacer nada, excepto estar con los ojos abiertos, conscientemente. Como los hombres que venían a confesarse por Pascua, *illis temporibus*, que venían y se quedaban ahí quietos. Entonces yo les hacía alguna pregunta, y ellos decían que sí, o ni siquiera que sí o que no, simplemente hacían un gesto con la cabeza y yo les daba la absolución. Menos que esto no se puede. No es necesario pensar en quién sabe qué cosas, poder sentir o tener emociones especiales. Es como decir: ¡esto es un libro! ¡El cristianismo es un hecho! Entonces, el método para aprenderlo es estar dentro de él; significa estar dentro de una compañía de personas que se reúnen o que se reconocen unidas porque está Cristo. Se llama «comuni3n», como el sacra-

«Si tengo conciencia de que estoy
emergiendo ahora del Misterio, me miro
a mí mismo con asombro. Si me miro
como algo dado, como un don,
me asombro ante mí mismo»

XII
mento. Pero existe una distancia entre esto y el modo con el que vivimos habitualmente, porque –pido disculpas– esto no se nos ha enseñado. Igual que ahora se está perdiendo el sentido de la familia, esa cohesión que, por ósmosis, por presión osmótica, educa a un niño y lo hace ser él mismo, hace de él una persona, afirma su personalidad, así desde hace muchísimo tiempo se ha perdido el sentido de esta «familia», de esta familiaridad con Cristo, que es la unidad entre nosotros en su nombre (por eso puede entrar en la compañía de la Iglesia el delincuente y puede entrar el santo, y es el santo el que menos objeciones pone a que esté el delincuente).

Intervención. Ha hablado usted de ternura, de la ternura del hombre hacia sí mismo y de la ternura de Dios hacia el hombre. Me gustaría profundizar en ella, porque la ternura pertenece a una esfera muy íntima, no consigo entender muy bien qué tiene que ver.

Giussani. La respuesta se halla ya en la pregunta. Usted dice que la palabra ternura pertenece, indica una esfera muy íntima, más íntima para mí que yo mismo. Y si yo me considero a mí mismo, si me percibo a mí mismo, como decía antes, como una realidad que en este momento está siendo hecha por Otro, si tengo conciencia de que estoy emergiendo ahora del Misterio, me miro a mí mismo con asom-

bro. Si me miro como algo dado, como un don, me asombro ante mí mismo y me miro igual que mira una madre al niño al que acaba de dar a luz. En cambio, nuestro orgullo, nuestra voluntad de afirmación nos hace ser extraños a nosotros mismos, nos hace ser duros con nosotros mismos. Esto me hace pensar siempre en Rilke, en esa frase: «Todo conspira para callar de nosotros, un poco como se calla, tal vez, una vergüenza, un poco como se calla una esperanza inefable». Ambas cosas se dan a la vez. Y la Iglesia es el único lugar donde se afirman estas dos cosas del hombre, el único lugar donde se comprende esta paradoja o esta contradicción, esta contradicción piadosa y amada –no es que se ame la contradicción, se ama la unidad que se da en esta contradicción–. Sin embargo, lo más bonito que me han enseñado es la palabra «misericordia». No existe en el diccionario. Es decir, existe en el diccionario, pero es la única palabra, intensamente necesaria, cotidianamente necesaria, que no puede nacer de nuestra experiencia. Siempre recuerdo –perdonad si añadido esto, os juro que no hablo más– que, cuando tenía tres años, iba siempre con mi madre a rezar vísperas. En la iglesia había un gran púlpito dorado con una escalera de caracol. Yo me sentaba con mi madre. El cura gesticulaba mucho y gritaba, y yo siempre estaba muy atento. En un momento dado, el cura citó una frase: «Aunque

tu madre te abandone, yo no te abandonaré» (cf. Is 49,15). Me asusté tanto que me puse a mirar a mi madre, que estaba ahí, y la miré aterrorizado ante la idea de que pudiese abandonarme. Ella se volvió hacia mí, me sonrió y me tranquilicé. En un sentido muy distinto, ese momento es uno de los momentos capitales de mi vida, porque a partir de ese momento, en ese momento comenzó el origen de las cosas que he comprendido. Tener una madre es un acontecimiento, no solo unas normas morales que aplicar. Tener una madre quiere decir, desde dentro, el impulso para comportarse de un modo determinado, para darle un beso o para decir que sí, o para llorar porque te has equivocado, porque has desobedecido; y esto surge de dentro. Mientras que en todo el mundo la moral viene de fuera y normalmente se convierte en una moral de Estado, se acentúa de forma estatal, porque los valores morales que se imponen son –cómo decirlo– los que son útiles para el Estado en el momento histórico que atraviesa.

Moderador. Le agradecemos infinitamente sus palabras. Estamos conmovidos y llenos de asombro. Gracias de corazón, también por el esfuerzo de venir a estar con nosotros. ■